

**DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO**  
**Homilía del P. Antoni Pou, monje de montserrat**  
**3 de septiembre de 2017**  
**Jer 20,7-9 / Rom 12,1-2 / Mt 16,21-27**

A veces saber perder con dignidad significa ganar.

Los *currículos vitae* que se suelen presentar para un puesto de trabajo, a menudo recopilan los propios estudios, las cualidades y habilidades personales, los éxitos laborales... y eso es lo que normalmente valoran quienes hacen selección de personal; pero estas presentaciones no muestran los propios errores y fracasos; y en cambio sería una buena fuente de información: saber que una persona ha fracasado en algún aspecto puede indicar que ha aprendido de la experiencia. Además, saber aceptar las dificultades de la vida con caballerosidad, e incluso buen humor, dice más de una persona, que la que tiene muchos éxitos pero es incapaz de aceptar una derrota. Y lo mejor de nosotros mismos no se ha construido sólo a partir de nuestros éxitos, sino de la enseñanza de nuestros fracasos.

El fracaso puede venir de los propios errores, pero no siempre: a veces a alguien le pueden suceder incomprensiones, desprecios y conflictos porque tiene una madurez y una conciencia superiores a los que les rodean ... los otros se defienden de lo que creen un peligro, sin darse cuenta que rechazan la salvación. Es lo que Jesús prevé que le pasará.

En el Evangelio que hemos leído hoy vemos cómo a Pedro le da miedo que Jesús y su proyecto puedan fracasar. La escena que hemos oído es la continuación de la confesión de Pedro que leímos el pasado domingo: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.» Tras alabar la respuesta de Pedro, Jesús añade que el mesías deberá sufrir a manos de los notables, los sacerdotes y los maestros de la ley. En la mentalidad de Pedro no cabe que el mesías haya de experimentar el fracaso y la muerte, lo quiere sólo victorioso y triunfante, y por eso le riñe Jesús: "¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte". Pero Jesús se vuelve y le dice "¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo; porque tú piensas como los hombres, no como Dios".

En dos segundos, la alabanza de Jesús a Pedro por su fe se convierte en la recriminación más dura de todo el Evangelio de Mateo. Y es que Pedro es muy parecido a todos nosotros: vemos a Jesús como la promesa de felicidad, el liberador, y no vamos equivocados; pero nos cuesta el tema del fracaso y del sufrimiento. Jesús rebaja las expectativas exageradas de Pedro y nos sumerge en un baño de realismo: las dificultades y el sufrimiento forman parte de la vida, hay que aceptar la vida tal como es.

El mesianismo de Jesús no es un liderazgo a partir del poder, sino del amor... y el amor auténtico es como una rosa, con sus espinas: siempre está expuesto a las incomprensiones, a no ser correspondido, porque su eficacia permanece precisamente en el respeto y en la libertad del que ama.

La suerte de Jesús, que pasó por la cruz antes de la resurrección se convierte en una inspiración para nuestra espiritualidad; como dice Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga". Negarse uno mismo no es anularse, no es mortificarse viendo el dolor como algo redentor por sí mismo... sino tomar un poco de distancia de nosotros mismos, y relativizar nuestra tendencia a pensar que siempre tenemos que ganar. El que está demasiado anclado en el propio yo, el que sólo piensa en sí mismo, está cavando la tumba de la propia felicidad. Hay

que sacrificar lo que quiere devorarnos, lo que quiere anularnos o degradarnos como personas. Necesitamos ideales que nos saquen de nuestro pequeño mundo, y de nuestras manías, y nos den una nueva energía y una nueva vitalidad.

Cuando confesamos que Jesús es el mesías nos dejamos seducir por su figura y su proyecto del Reino de Dios, que son más grandes que las dificultades que podemos encontrar: ya no nos miramos a nosotros mismos sino que ponemos la mirada en él.

"Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará". Si seguimos a Jesús, en un primer momento parece que perdemos, porque ya no buscamos tanto nuestros intereses, nuestras seguridades, nuestras ambiciones, mucha gente nos pasa por delante en consumismo, en afanes de poder, en prestigio ... luchar por un mundo más humano nos puede traer conflictos, incluso persecuciones. A lo largo de la vida hay momentos en que hay que arriesgar la vida, tal como la hemos vivido siempre, con el sentimiento de inseguridad que ello provoca. Parece que perdemos, pero en realidad ganamos. Salvamos nuestra alma, y esto lo experimentamos porque nuestro corazón se ensancha y se siente más libre; sentimos una paz que incluso puede convivir en los sufrimientos y las dificultades. Sembrando compasión alrededor nuestro, recogemos resurrección, porque como dice San Pablo, el amor no pasará jamás. Fundamentados en la fe de Pedro, nos sentimos seguros sobre la roca que es Cristo.